



JANO DESORIENTADO

Identidades político-territoriales en América Latina

Heriberto CAIRO CAROU

«¡Dios mío! ¡Qué cosas más raras están pasando hoy! Y pensar que tan sólo ayer todo sucedía como de costumbre. Me pregunto si habré cambiado de alguna manera esta noche. Veamos: ¿era yo la misma esta mañana al levantarme? Casi creo recordar que me sentía algo diferente. Pero si no soy la misma, la pregunta siguiente es ¿quién soy yo? ¡Ah! ¡Eso sí que es un misterio!»

LEWIS CARROLL
Alicia en el país de las maravillas

En esta trabajo se pretende describir y analizar brevemente en qué medida se están produciendo transformaciones en las identidades político-territoriales de los latinoamericanos, a casi dos siglos de los primeros procesos de indepen-

dencia de los Estados de la región y en pleno desarrollo de la fase de globalización del sistema-mundo capitalista.

Entre los análisis que atribuyen a la globalización una definitiva subversión de las identidades y las instituciones políticas que las soportan, y aquellos que siguen operando en un mundo de Estados-nación, con sus identidades características, es necesario hacer un balance de la situación existente y establecer cuáles son los discursos dominantes y los que pretenden ser alternativos, en uno u otro sentido.

La primera parte estará relacionada con la identidad político-territorial que ha sido predominante en el área desde la independencia de los países latinoamericanos, y que también lo ha sido en el resto del sistema-mundo moderno desde finales del siglo XVIII. La segunda parte se centrará sobre los desafíos a esta identidad dominante, especialmente las nuevas identidades con raíz o *leitmotiv* de carácter étnico. Y la tercera parte se ocupará de aquellas identidades que se pueden apuntar en torno a categorías civilizacionales o a las agrupaciones de carácter supranacional que se han producido o se están produciendo en América Latina fruto de diversos procesos de integración.

Identidad y territorio

Ciertamente, la identidad política se ha convertido en no mucho tiempo en un vocablo de uso frecuente en el lenguaje popular, pero es una categoría fundamental de análisis con cierta tradición en las ciencias sociales. No es este el lugar para una discusión extensa del concepto de identidad, no obstante cabe distinguir dos grandes enfoques en su estudio: aquellos que piensan que existe algún contenido intrínseco esencial en toda identidad que se define por su origen o experiencia comunes, que han venido en denominarse esencialistas o más específicamente primordialistas, y aquellos que niegan la existencia de identidades originales e inmutables y las interpretan como frutos de relaciones específicas, que son los antiesencialistas, los cuales en muchos casos son constructivistas. No he encontrado nunca razones suficientes en las argumentaciones esencialistas; sin llegar a pensar que todo pasado identitario es fruto de la invención, pienso que, por ejemplo, los recuerdos históricos y mitos colectivos que forman parte de una identidad colectiva como es la nacional (Smith 1991) son siempre seleccionados, es decir se escogen unos y se desechan otros en un discurso que se elabora. La identidad no existe ahí fuera, de forma independiente; la estrategia intelectual de buscar la identidad esencial es estéril, sólo nos podemos acercar a entender los procesos, nunca fi-

nitos, de su construcción. Por lo tanto, «precisamente porque las identidades se construyen dentro y no fuera del discurso, tenemos que entender que están producidas a partir de estrategias enunciativas específicas, en ámbitos históricos institucionales específicos, en el seno de prácticas y formaciones discursivas específicas. Más aún, surgen dentro del juego de modalidades concretas de poder, de forma que son más el producto del señalamiento de la diferencia y la exclusión, que signos de una unidad idéntica naturalmente constituida» (Hall 1996, pág.4). Es por ello que las narrativas de cualquier identidad no son la expresión de ninguna historia «verdadera», ni están definidas por intrínsecos «caracteres» de un grupo. Es fructífero, entonces, utilizar, como hace Laclau —y otros autores— la categoría psicoanalítica de identificación «que afirma explícitamente la ausencia original de cualquier identidad: uno necesita identificarse con algo porque hay una ausencia de identidad original e insuperable» (1994, pág.3).

La reflexión sobre las relaciones entre identidad y territorio tiene ya también una cierta tradición, especialmente en el campo de la geografía política. Gottmann ya señalaba que el territorio era «la expresión de las características psicológicas de los grupos humanos» (1973, pág.15) y, por lo tanto, un elemento fundamental de su identidad. Soja (1971) en un trabajo seminal sobre el tema afirmaba la naturaleza funcional de la territorialidad, que proporciona identidad a los seres humanos y cubre, por tanto, una necesidad vital de los mismos. Lévy (1994) establece que la identidad espacial de una unidad social o de un individuo no se puede separar del conjunto de relaciones que el grupo o el individuo establecen con el espacio, atendiendo tanto a lógicas cognitivas como afectivas. Y Massey (1994), por terminar un breve recuento, recuerda que las identidades ligadas a determinados lugares no surgen sólo de las interacciones sociales que se producen en ellos, sino que hay que analizar esto a diversas escalas y tener en cuenta las relaciones entre espacio y lugar. Es también interesante y conviene tener en cuenta en el análisis, aunque no la exploraremos aquí, su aseveración de que «la imposición de fronteras y la contraposición de una identidad contra otra (...) es culturalmente masculina» (1994, pág.7).

En definitiva, las identidades, que no son algo dado sino un constructo social, resultan de un proceso de interacción de diversos elementos, entre los que el territorio desempeña un papel crucial. Cualquier unidad geográfica puede acumular significados adicionales, que se pueden magnificar en el proceso de construcción de las identidades si existe alguna capacidad de controlar el acceso a la misma, de establecer un afuera y un

adentro. Si ya hemos establecido de forma general que no hay nada «natural» (ni siquiera el color de la piel, la religión, el lugar de nacimiento, etcétera) en una identidad, el territorio no puede ser una excepción. El proceso de identificación requiere el establecimiento del Otro en contra del que o frente al que la autoafirmación es posible y la territorialidad es sumamente útil a este proceso (Sack 1986). Las narrativas de las identidades colectivas, como las identidades nacionales, por ejemplo, incluyen un territorio, una patria originaria común como uno de los elementos esenciales de la misma (Smith 1991). El pasado, el territorio y la cultura son los tres pilares de las narrativas de identidad (Martin 1995), pero es preciso tener en cuenta que la identidad «no se basa en ninguna forma de historia internalizada; sino que, en buena medida, tiene su origen precisamente en la especificidad de sus interacciones con el “exterior”» (Massey 1994, pág.169), y, en este sentido, el territorio no es más fijo y estable que los otros elementos, del mismo modo se puede inventar, reconstruir o reformular.

No se pueden, por lo tanto, analizar en planos diferentes la identidad política y la modernización, pongamos por caso, o la globalización. Estos dos últimos procesos no son simplemente una descripción de acontecimientos diversos que suceden en el mundo, sino que constituyen estrategias políticas, racionalizadas en discursos, que las clases dominantes del centro del sistema-mundo en colaboración con las de la periferia intentan implementar. En cualquier caso la globalización crea una crisis identitaria tan fuerte como las que describía Pye en los países que acababan de acceder a la independencia (1962, pág.63). En esta crisis algunos discursos cambian de sentido, aparecen otros que se oponen, de diversas formas y con diversos objetivos, a los dominantes, toman cuerpo nuevos discursos que se sostienen sobre viejas narrativas. En suma, el orden previamente existente se ve sacudido.

Las identidades nacionales: viejas narrativas que están todavía lejos de la muerte

El establecimiento de las identidades nacionales en América Latina está ineludiblemente ligado a un proceso de identificación por el que los descendientes de europeos nacidos en América establecen una diferenciación con los nacidos en la metrópoli, que resulta en la quiebra del discurso dominante que constituía a todos los habitantes en súbditos de los reyes europeos y conduce a la independencia de los países de la región. Pero no se pueden aplicar a América Latina algunas de las tesis más difundidas sobre los orígenes del nacionalismo que lo vin-

culan a la irrupción en la vida política de las clases bajas y lo explican como un intento de los intelectuales y las clases medias de canalizar las nuevas energías en la construcción de nuevos Estados-nación. Pocos intelectuales existían en la América colonial, al menos en comparación con Europa, y más escasas eran las capas medias; pero quizás lo que más contradice estas tesis es que lejos de intentar inducir la participación política de las clases bajas, uno de los factores clave en la búsqueda de la independencia fue el miedo a las movilizaciones de las mismas, el miedo a los levantamientos de indios y de esclavos negros. Y es que los criollos construyen la otredad del peninsular, pero mantienen la del indígena en el desarrollo de sus procesos de identificación.

Suele ser usual también el vincular la lucha por la independencia latinoamericana a la extensión por el continente de los «aires» republicanos de la Revolución norteamericana de 1770 y de la Revolución francesa de 1789, que habrían creado la base para la oposición a los impuestos y otras imposiciones de los reyes de España. Ciertamente estas influencias existían en élites relativamente circunscritas y podrían explicar revoluciones anti-monárquicas, pero no bastan para explicar el imparable movimiento de independencia. Para esto hay que entender los procesos que llevan a identificar al peninsular como «otro» y a imaginar la comunidad criolla como una comunidad diferente.

Anderson (1991) describe de forma convincente el papel que juega en este proceso la burocracia absolutista trasplantada al otro lado del océano. Uno de los móviles internos del absolutismo fue crear un aparato de poder unificado, controlado directamente por el rey y leal al mismo, que le permitiese dominar a la nobleza feudal particularista. Unificación significaba intercambiabilidad interna de documentos y de personas. La intercambiabilidad humana se fomentaba mediante el reclutamiento de personas no ligadas a la nobleza feudal, que no tenían poder independiente y así podían aplicar sin restricciones la voluntad real. Los funcionarios absolutistas emprendían «viajes de vida», que comprendían destinos diversos en un camino espiral hacia puestos más elevados en la administración, y cuyos límites espaciales coinciden con los de los dominios de los monarcas absolutos. La racionalidad instrumental del aparato absolutista, en especial su tendencia a reclutar y promocionar funcionarios sobre la base del talento más que del nacimiento, funcionó adecuadamente sólo a este lado del Atlántico. En las Américas las pautas eran otras: los puestos administrativos más elevados eran desempeñados por peninsulares (por ejemplo, de los 170 virreyes anteriores a 1813 sólo 4 fueron criollos), y también era impensable que un criollo ascendiese a una posición oficial impor-

tante en la Península. Independientemente de su comunidad de lengua, costumbres, religión o ancestros un criollo era un criollo toda su vida y un peninsular, un peninsular sin remedio.

Pero los «viajes de vida» de los funcionarios criollos no estaban sólo limitados verticalmente, sino que también tenían una limitación horizontal, territorial. Los criollos de Nueva España o de la Capitanía General de Chile servían sólo en el territorio de estas unidades administrativas y el vértice de la pirámide donde podían ser asignados era la capital administrativa de la misma. En la medida que el «peregrinaje» de los funcionarios era compartido por otros funcionarios, se desarrollaba una creciente conectividad entre ellos, mientras que la familia o los lugares en los que ejercían su función eran una referencia secundaria. Pero los funcionarios criollos encontraban compañeros de viaje con los que compartían también la fatalidad de haber nacido en América. De este modo, se pueden imaginar como miembros de una misma comunidad. Y este hecho no es ajeno a la construcción de los nuevos Estados sobre las antiguas divisiones administrativas coloniales. La doctrina del *uti possidetis* a la hora de establecer las fronteras es respaldada por todos los gobiernos desde la independencia.

La construcción de las identidades nacionales en los Estados independientes parte siempre del momento de la independencia: los héroes fundadores son los libertadores y los mitos originarios las batallas de liberación. El pasado amerindio no encuentra generalmente acomodo en estas narrativas patrióticas y los monumentos difícilmente recuerdan a héroes negros o indígenas. Y dado que no había diferencias de lengua, religión o cultura significativas entre los criollos, el territorio se convirtió en un elemento fundamental de la identidad de los Estados latinoamericanos; cobró más importancia que en otros procesos de identificación nacional. Esta conjunción de territorio y nacionalismo desemboca en lo que Escolar, Quintero Palacios y Reboratti (1993) al estudiar el caso argentino denominan «mitología territorial», pero no es en ningún caso privativo de este país.

Los diferendos interestatales a propósito de cuestiones territoriales están lejos de haber terminado en América Latina, y aún están frescos en la memoria conflictos bélicos (la guerra del Atlántico sur, la ecuato-peruana) originados en esta hipertrofiada preocupación por el territorio. Los discursos que construyen la identidad nacional siguen teniendo vigencia y no se les puede extender el certificado de defunción. No obstante en los últimos años hemos asistido a la solución pacífica de algunos de estos diferendos (acuerdos —que se han presentado como definitivos— de delimitación fronteriza entre Chile y Argentina o

El Salvador y Honduras) y a la firma de la paz entre los contendientes del último conflicto bélico. Además los procesos de integración puestos en marcha ejercen una influencia importante en la suavización de rivalidades interestatales tradicionales que forman parte de la identidad nacional. Todo ello induce a pensar que se están produciendo transformaciones importantes.

Las identidades de base étnica: reclamando su lugar en el mapa

Como ya hemos señalado, la «emancipación» del siglo XIX significó poco para los habitantes amerindios y negros del continente. Ambos grupos, los mayoritarios entre la población del Nuevo Mundo, quedaron al margen de los nuevos Estados que surgieron tras la independencia. Si durante la colonia fueron considerados gentes de segundo orden, desprovistas de una capacidad de raciocinio completo, los criollos y mestizos les desproveyeron de todo derecho en los nuevos Estados, a pesar de su participación, en muchos casos entusiasta, en la revuelta independentista. Los negros, esclavos durante la colonia, también quedaban marginados del poder político en todos los nuevos Estados, salvo uno: Haití. Y en este último caso, con las consecuencias de marginación del concierto internacional y extremo subdesarrollo por todos conocidas.

No obstante compartir la exclusión, existían importantes diferencias de estatus y posición entre indios y negros, de hecho a los negros, en relación con los indígenas, se les negaba en la sociedad colonial y en las neoindependientes una posición institucional en las estructuras oficiales (Wade 1994). Esto ha tenido importantes consecuencias para la práctica política de ambos grupos: «La clara existencia de la categoría “indígena” y su condición de “otro” en la nación ha sido una base para la movilización política de los indígenas, que se ha acelerado desde los años sesenta. La “invisibilidad” de la gente negra crea una situación distinta (...) Es la posibilidad de incluir y al mismo tiempo excluir a la gente negra lo que define la peculiaridad de su posición. Y es esta condición también lo que ha dificultado su movilización política» (Wade 1994, pp.275-6).

Los indios podían ser objetos de estudio, pero no sujetos de su propia historia. Los indios han sido objeto de estudio para lograr su integración en las «sociedades nacionales» latinoamericanas, fundamentalmente a través de las políticas indigenistas oficiales, pero se les privó de su propia voz. Pero en el último tercio de este siglo los indígenas de muchos de los países latinoamericanos han surgido como nuevos actores políticos con rei-

vindicaciones, como el territorio, la lengua o la cultura, que son esencialmente nuevas (Montoya 1997).

En cualquier caso, este de las nuevas identidades de base étnica es quizás uno de los fenómenos, que para algunos amenaza la continuidad de los actuales Estados-nación en América Latina. Es especialmente notable la preocupación de las cúpulas militares ante la reivindicación indígena de territorio, que no tiene como objetivo, ni mucho menos, la construcción de otro Estado-nación, pero que es interpretada como una decidida conspiración antinacional.

Es menester entender que «los proyectos que están siendo articulados por varios movimientos sociales de la región (incluyendo los zapatistas, y los movimientos indígenas ecuatorianos y de otros países [...]) represente una oportunidad para una rearticulación más amplia de la narrativa nacional modernista, a fin de incluir en las naciones a aquellos grupos que habían sido previamente marginados» (Radcliffe & Westwood 1996). O, como señala Montoya, «lo que está en juego con estas reivindicaciones [lengua, cultura, territorio, respeto, dignidad] es el derecho a la diferencia por parte de los pueblos indígenas (...) [hay que] hablar de una ciudadanía étnica para ir más allá de la simple noción de ciudadanía que privilegia la igualdad e incluir el derecho a la diferencia» (1997, pág. 337).

Las identidades civilizacionales: una nueva «reencarnación»

Existe una predisposición en numerosos estudiosos a considerar que diversas zonas del planeta, de grandes dimensiones, tienen una cierta homogeneidad de carácter ya histórico ya geográfico o cultural y, por lo tanto, suponen que «los grupos que habitan en la misma porción de la superficie terrestre comparten determinados intereses y rasgos en razón de esa contigüidad territorial, aunque las distancias que superen a los grupos en cuestión sean enormes» Connor (1994 [1998, pág. 115]). Este es uno de los mitos más persistentes sobre las relaciones sociales.

El caso de América, en cuanto que expresión que denomina a un continente que habitan los americanos, es significativo: al menos desde que se plantean los primeros intentos de independencia de las colonias ibéricas en el Nuevo Mundo, desde el ya independiente Estados Unidos se formula por diversos miembros de la *intelligentsia* lo que terminó por condensarse en la doctrina Monroe y que puede resumirse en la idea de que las naciones americanas tienen unos intereses comunes de carácter propio independientes de los de las europeas, en definitiva una

identidad común que se derivaría de la comunidad de geografía física, de la continuidad territorial. Presunción que, como Connor (1994) señala, no se puede calificar más que de mística, y que es producto de una concepción determinista que sigue estando muy extendida, si no en la Academia sí popularmente. En todo caso los discursos que favorecen el desarrollo de un proceso de identificación panamericano han estado ligados a una geoestrategia de dominación continental estadounidense.

América Latina, y su correspondiente identidad latinoamericana, es también otro «mito» territorial. Numerosos estudiosos plantean que el origen de la expresión América Latina está vinculado a la geoestrategia imperialista de rivalidad frente al mundo anglosajón de Napoleón III, y aunque Ardao (1980) establece claramente que fue el diplomático nacido en Bogotá Torres Caicedo, lo importante no es el origen del término sino cuándo fue adoptado y su significado. En este sentido, el discurso latinoamericanista no es adoptado por algunas élites latinoamericanas sino hasta el presente siglo, y con objeto de enfrentarse al intento de dominio angloamericano, por ello implícitamente tiene un carácter reivindicativo y de oposición al discurso americanista ejemplificado por la doctrina Monroe (Lucena Salmoral 1986, pág.17). Pero pocos analistas se atreverían a afirmar la existencia de una única identidad cultural latinoamericana, que es más bien un paraguas que ampara a varias difícilmente interpretables como homogéneas. Sólo las narrativas de mestizaje, al estilo de la elaborada por Vasconcelos, mantienen la existencia de una homogeneidad producto de la misceginación.

En cualquier caso, lo importante es la capacidad de movilización social de estos discursos porque, como señala Connor, «sean cuales fueren sus fundamentos reales, los mitos engendran su propia realidad, ya que lo que más relevancia política tiene no es *la realidad*, sino lo que la gente *cree que es real*» (1994 [1998, pág.135]). Por eso es importante evaluar la relevancia actual de la identidad latinoamericana, y coincido con Larraín Ibáñez en que «en América Latina existe hoy una conciencia creciente de “lo latinoamericano” y esto se advierte tanto en los discursos públicos de identidad (donde frecuentemente se pasa con cierta facilidad de lo nacional a lo latinoamericano y viceversa) como en la conciencia popular» (1996, pág.122). Y pocos dudan que la reafirmación de una identidad latinoamericana no esté conectada también con el proceso de globalización que está erosionando las identidades nacionales; no obstante, la identidad latinoamericana no opera en oposición a las identidades nacionales de los países latinoamericanos, sino que se articula con ellas, y sólo aparece en primer plano frente al «otro» europeo o norteamericano.

Podría parecer que los procesos de construcción de una identidad americana y de una latinoamericana responden, por tanto, a dos desarrollos endógenos de intereses diferentes. Nada más lejos de la realidad; si la identidad y la diferencia no están separadas sino que se construyen en relación, ambas se desarrollan interrelacionadas. El descubrimiento de Colón de unas tierras hasta entonces desconocidas para los pueblos europeos necesita la construcción del «otro» y su constitución como salvaje, primitivo o bárbaro para establecer la racionalidad de su conquista y destrucción. Bien es cierto que hubiera sido posible otra actitud ante el «otro»; de hecho, como señala Connolly (1989), la hubo: fue la de curas como Las Casas o Sahgún, que sin renunciar a su identidad se esforzaron en entender la «otredad», respetando e incluso dándole la voz, pero este esfuerzo conducía inevitablemente a trascender la dicotomía «nosotros-otros» y por eso sus opiniones fueron silenciadas en España. Del mismo modo, lo latinoamericano se afirma también en relación con los discursos que lo construyen como «otro».

En su conocida obra sobre el pretendido choque de civilizaciones Huntington establece, bien es cierto que con algunas dudas, la existencia de una civilización latinoamericana, cuyas bases fundamentales, que la diferencian de la «occidental» (europea y norteamericana) serían la incorporación de civilizaciones indígenas americanas, la religión católica y «una cultura corporativista y autoritaria que Europa tuvo en mucha menor medida y Norteamérica no tuvo en absoluto» (1996, [1997, pág.52]). Varios críticos han señalado acertadamente que el esfuerzo de Huntington, dentro de un espíritu de la más pura *realpolitik*, se orienta hacia la reconstitución del «otro» en la política exterior estadounidense después de la caída del muro de Berlín: «las colectividades culturales están reemplazando los bloques de la guerra fría y las líneas divisorias entre civilizaciones se están convirtiendo en las líneas centrales de conflicto en la política global» (1996 [1997, pág.147]). Está por ver el efecto de este tipo de discursos en la reafirmación de una identidad latinoamericana.

Por último, es necesario recordar la relación entre procesos de integración e identidad. Nadie pondría en duda que el proceso europeo de integración regional no ha redundado en un auge de la identidad europea. En América Latina, como en otras partes del mundo, se desarrollan en la actualidad diversos procesos de integración regional que se desenvuelven en relación con los procesos de globalización. La globalización total supondría una regionalización total con la consiguiente sustitución de los Estados-nación por unidades políticas panregiona-

les. Y aquí también existen geoestrategias enfrentadas; en concreto, nos encontramos con la Iniciativa para las Américas y el TLCAN como macrosistema de integración, por un lado, y la ALADI y los sistemas subregionales de integración latinoamericana, por otro. Rocha Valencia (1997) describe lúcidamente como una responde a un neo-panamericanismo angloamericano y la otra a un neo-bolivarismo latinoamericano, que inevitablemente entran en conflicto debido a la pretensión hegemónica del primero. En cualquier caso, el ideal bolivariano de unidad política, que tenía su base en una identidad cultural compartida, como afirma Rocha Valencia «encuentra una realidad fértil solamente después de 150 años, cuando la modernidad, que él vio consolidándose, se encuentra en su ocaso» (1997, pág.178).

Conclusiones

Dadas las premisas de las que partíamos, es lógicamente necesario concluir que se han producido transformaciones en los procesos de identificación que operan en América Latina. Pero esto es tanto como volver a repetir que las identidades no son fijas ni inmutables. Por ello conviene matizar. En los últimos treinta años han aparecido nuevos actores políticos, los grupos indígenas, que construyen su identidad sobre una base fundamentalmente étnica y que plantean nuevos retos en el terreno de la ciudadanía. Por otro lado, los procesos de identificación panregional han tenido un nuevo auge; la afirmación —o reafirmación— de discursos neobolivarianos en relación con los procesos de integración panregional y subregional ha sido un hecho apuntado por varios actores. Por último, cabe constatar la presencia de las identidades nacionales todavía en el centro del escenario; aquellos análisis que apuntan a la muerte del Estado-nación son prematuros, pero hay que tener en cuenta las transformaciones sufridas que apuntan a una reducción de la contraposición identitaria y a una nueva concepción de las fronteras, más como puentes que como muros.

Las identidades nacionales en América Latina se han articulado y articulan, de forma relativamente fácil, con la panregional, bien es cierto que en un proceso continuo de transformación. No ocurre lo mismo, sin embargo con las identidades étnicas, quizás porque, a pesar de que los movimientos que las promueven no formulan en general objetivos separatistas, sí atentan de forma directa contra las narrativas fundacionales de los Estados latinoamericanos, que todavía forman parte de los discursos dominantes.

En definitiva, los retos se plantean en diversos terrenos y la forma de solucionarlos no dejará de estar relacionada con las posibilidades de que se consoliden modelos de convivencia democráticos y se desechen las alternativas más excluyentes de las políticas de identidad.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1991) *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres: Verso (2ª ed) [trad. al castellano por Eduardo L. Suárez: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993].
- Ardao, Arturo (1980) *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas: C.E.L. Rómulo Gallegos, CN. de Cultura.
- Connolly, William E. (1989) «Identity and Difference in Global Politics», en J. Derian & M. J. Shapiro (eds.): *International/Intertextual Politics. Postmodern Readings of World Politics*, Nueva York: Lexington Books, pp. 323-342.
- Connor, Walker (1994) *Etnonationalism: The Quest for Understanding*, Princeton (N.J.): Princeton University Press [trad. al castellano por María Corniero: *Etnonacionalismo*, Madrid: Trama Editorial, 1998].
- Escolar, M., Quintero Palacios, S. y Reboratti, C. (1993) «Geographical Identity and Patriotic Representation in Argentina», en D. Hooson (ed.): *Geography and National Identity*, Oxford: Blackwell, pp. 346-367.
- Gottmann, Jean (1973) *The Significance of Territory*, Charlottesville: University Press of Virginia.
- Grossberg, Lawrence (1996) «Identity and Cultural Studies – Is That All There Is?», en S. Hall & P. Du Gay (eds.): *Questions of Cultural Identity*, Londres: SAGE, pp. 87-107.
- Hall, Stuart (1996) «Introduction: Who Needs Identity?», en S. Hall & P. Du Gay (eds.): *Questions of Cultural Identity*, Londres: SAGE, pp. 1-17.
- Huntington, Samuel P. (1996) *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York: Simon & Schuster [trad. al castellano por José Pedro Tosaus: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona: Editorial Paidós, 1997].
- Laclau, Ernesto (1994) «Introduction», en E. Laclau (ed.): *The Making of Political Identities*, Londres: Verso, pp. 1-8.
- Larraín Ibáñez, Jorge (1996) *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

- Lévy, Jacques (1994) *L'espace légitime: Sur la dimension géographique de la fonction politique*, París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Lucena Salmoral, Manuel (1986) «La latinidad y su sentido en América Latina», en VV AA: *La latinidad y su sentido en América Latina*, México: UNAM.
- Mackenzie, W. J. M. (1978) *Political Identity*, Manchester: Manchester University Press.
- Martin, Denis-Constant (1995) «The choices of identity», *Social Identities*, 1, 5-20.
- Massey, Doreen (1994) *Space, Place and Gender*, Cambridge: Polity Press.
- Montoya (1997) «Estado-Nación, regionalización y grupos étnicos: ceguera, sordera y olvido», en J. Preciado Rocha & A. Rocha Valencia: *América Latina: realidad, virtualidad y utopía de la integración*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 329-343.
- Pye, Lucian (1962) *Politics, Personality, and Nation-Building: Burma's Search for Identity*, New Haven (Conn.): Yale University Press.
- Radcliffe, Sara, y Westwood, Sallie (1996) *Remaking the Nation. Place, Identity and Politics in Latin America*, Londres: Routledge.
- Reclus, Onésimo y Elíseo (s.f.) *Novísima Geografía Universal*, Madrid: Editorial Española-Americana.
- Rocha Valencia, Alberto (1997) «América Latina en su laberinto: integración subregional, regional y continental», en J. Preciado Rocha & A. Rocha Valencia: *América Latina: realidad, virtualidad y utopía de la integración*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 171-196.
- Sack, Robert D. (1986) *Human Territoriality: Its Theory and History*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, Anthony D. (1991) *National Identity*, Harmondsworth, Middlesex: Penguin [trad. al castellano por Adela Despujol: *La identidad nacional*, Madrid: Trama Editorial, 1997].
- Soja, Edward W. (1971) *The Political Organization of Space*, Washington (D.C.): Association of American Geographers.
- Wade, Peter (1994) «Negros, indígenas e identidad nacional en Colombia», en F.-X. Guerra & M. Guerra (coords.): *Imaginar la Nación*, Hamburgo: Lit Verlag, AHILA, pp. 257-288.